

EL MÍSTICO Y EL SOCIÓLOGO

POR GABRIEL MURO¹

RESEÑA DEL LIBRO BESAR A LA MUERTA, DE HORACIO GONZÁLEZ, EDICIONES COLIHUE, BUENOS AIRES, ARGENTINA, 2014.

Besar a la Muerta es la primera novela de Horacio González, ensayista y sociólogo argentino, autor de numerosos libros de ensayo y actual director de la Biblioteca Nacional. Digo que se trata de una novela solo por convención, un modo provisorio de llamar a un artefacto de escritura que escapa a las clasificaciones rígidas. Si hubiese que apartar las ambigüedades diría que se trata de un ensayo novelado en donde el autor adopta la forma de un puñado de personajes ficticiales para hacer dialogar diversos temas, ideas, leyendas, recuerdos y alucinaciones.

El argumento del relato es simple: tres hombres se reúnen a comer un asado durante una larga noche en el patio de una parroquia en la ciudad de Buenos Aires. El asador y organizador del banquete es el Padre Poggi, un viejo cura popular con aires de teólogo, quien discurrirá a lo largo de toda la velada acerca de los profundos misterios de los mitos nacionales. A medida que van pasando las porciones de carne, el padre Poggi, entre carbones inextinguibles, expondrá las vísceras de los grandes mitos argentinos en una atmósfera mitad burlesca, mitad solemne.

En primer lugar, Poggi es un pensador de las últimas cosas, un obsesionado por la raíz teológica de la argentinidad. Para Poggi, todo es teología. El asado mismo sería la raíz litúrgica de lo nacional, un rito sacrificial arcaico propiciante de la reunión social, punto de cocción entre el masticar y el conversar. El asado opera como un concilio liminar entre la civilización y la barbarie. El asado, que se nos aparece en general como un hábito pedestre, revelaría en verdad un vínculo profundo: el religar entre la carne y el fuego como fundamento de lo humano. La misa de Poggi es una misa intelectual en donde no deja de destacarse el enorme poder alegórico del asado. Sin embargo, el sacerdote trasluce

¹ Sociólogo (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires) y ensayista. Dirige la Revista Cultural "Espectros" [<http://espectros.com.ar/>] junto al sociólogo Leonardo Sai.

un cierto aire pesado y gastado. Es un pastor rebelde sin feligreses, entrado en años, que ya no encuentra oídos interesados en sus disquisiciones. Tal vez por eso, todo en esta novela parece estar dicho mitad en serio, mitad en broma. Los mitos nacionales parecen ajustarse a los mitos de fracaso personal de los comensales, personajes que solo arden al entrar en contacto con una nostalgia grasienta.

“El asado mismo sería la raíz litúrgica de lo nacional, un rito sacrificial arcaico propiciante de la reunión social, punto de cocción entre el masticar y el conversar. El asado opera como un concilio liminar entre la civilización y la barbarie.”

A Poggi lo apasiona fundamentalmente un pequeño pasaje de la historia del peronismo. En 1952, frente al lecho de muerte de Eva Perón, el Padre Hernán Benítez, sacerdote franciscano, confesor de la jefa espiritual de la Nación y uno de los protagonistas de este libro, le ordena a Perón darle un último beso a Evita. Frente al lecho de muerte, Benítez llama a Perón, lo toma de la cintura y lo arrastra suavemente hacia la muerta para poner en contacto su boca con la frente del cadáver, sellando así el último adiós. Poggi encuentra este hecho repleto de misterios teológicos. Habría allí una nueva liturgia del beso, que Benítez habría inventado y que se escurre de entre los ritos de despedida cristianos consagrados. Una transgresión de la liturgia a la vez que su refundación. Benítez es el sacerdote que manda sobre el jefe, el general Perón, ordenándole dar un último beso. Toda una teología menor del beso se deduce de este pequeño gesto amoroso ordenado por un cura de Estado.

La transgresión de la liturgia dejaría entrever dos cosas: la cercanía entre erotismo y muerte en la raíz de las pasiones populares, al mismo tiempo que la primacía de Benítez frente a Perón a la hora del final. Este poder del sacerdote sobre el político marcaría a fuego la impronta litúrgica del peronismo, semejando los ritos peronistas a la litúrgica cristiana.

Cabe también señalar que entre el peronismo y el asado existen vínculos abundantes y jugosos y que estos lazos constituyen la verdadera trama de este libro. Como movimiento popular y plebeyo, el peronismo ha hecho del asado su alimento insignia y la ocasión para grandes congregaciones políticas. Más aún, uno de los cortes preferidos del asado argentino es el vacío, pedazo de carne perteneciente a

la región abdominal de la vaca y apetecido por su succulento sabor. Del mismo modo, el peronismo es célebre por su inefabilidad en los términos categoriales de la derecha y la izquierda. Perón lo llamó la Tercera Posición, esto es, un verdadero vacío, de igual denominación que el corte del asado pero también análogo al Tao chino, en el que potencialmente entran todas las posiciones del arco político. Quizá por su asunción del vacío como fundamento último es que el peronismo nunca ha dejado de ser un gran misterio para aquéllos que se asoman al río de su historia. De ahí también que haya hecho brotar de sí una caudalosa mitología. El peronismo ha sido una de las grandes máquinas mitológicas de la Argentina. No han faltado las corrientes peronistas de derecha que han hecho de esta mitología un verdadero culto esotérico, como el movimiento de fines de los sesenta Guardia de Hierro, del que fue simpatizante el actual papa Jorge Bergoglio, y por cierto, el encumbramiento del papa argentino parece sobrevolar de un modo indirecto las inquietudes fundamentales de este libro.



Padre Hernán Benítez, confesor de Eva Perón

El otro comensal principal en la misa del Padre Poggi es el profesor Rupestre, especialista en Max Weber y, como el mismo Horacio González, profesor extravagante en la facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Rupestre es muy diferente a Poggi. Al principio parece poco interesado en las especulaciones teológicas del cura asador, aunque en el fondo comparte las mismas preocupaciones, solo que bajo la cobertura más aceptable del sociólogo weberiano. Weber, que analizó el influjo de la teología en el origen del capitalismo a través de la ética protestante, sería para

Rupestre un teólogo encubierto bajo la forma de su opuesto: el sociólogo riguroso que no hace juicios de valor.

En verdad, no sabemos muy bien cuáles son las preocupaciones de Rupestre. Aparece como un personaje más bien deslucido, exhausto, sin saber muy bien para qué sigue trabajando como profesor, arrastrándose en colectivo hasta el corroído edificio de la facultad pública, dando clases que ningún alumno parece ni siquiera entender. Rupestre es un laico al que le ha sido vedado el acceso a lo sagrado. Frente a él, Poggi aparece mucho más decidido, mucho más seguro en su interpretación teológica de las cosas, como si el sociólogo fuese arrollado por el místico mientras mastica un chorizo y escucha receloso las disquisiciones del asador sacerdotal.

Pero como ya se dijo, todo en este libro parece estar dicho mitad en serio, mitad en broma. Se dirige a lo sagrado a la vez que a lo profano. En un capítulo, el propio Rupestre, como si se tratase del alter ego del autor, escribe un ensayo de estilo novelado. El libro que escribe Rupestre es un libro socarrón, del mismo modo que hay un humor profundo en *Besar a la Muerta*, un humor desencantado y espectral, hecho de evocaciones fragmentarias, como si se hurgase en un viejo desván repleto de creencias caducas en las que ya nadie parece creer pero que seguirían actuando de un modo sardónico en lo más hondo del presente.